

AMOR...

Se hallaron los dos ancianos gloriosos en los confines de lo Eterno. Al reconocerse, cambiaron un beso de paz, y comenzaron a platicar amorosamente.

Cómo ambos siguieran el mismo camino ilimitado, la misma ruta infinita, se ofrecieron el brazo para avanzar unidos y gozar el apoyo mutuo de sus cuerpos fatigados.

Y los dos viejecitos prosiguieron su marcha fabulosa más allá de los umbrales de lo humano y de los pórticos del tiempo. Haces de siglos servían de sustento a sus pies, y al margen de su senda etérea una muchedumbre de espíritus les contemplaba atónitos y silenciosos.

Las barbas blancas de Tolstoy pendían patriarcales de su rostro apostólico, y sus ojos diminutos, llenos de fuego y mansedumbre, escrutaban la lejanía inacabable.

El semblante helénico de Sócrates resplandecía de bondad. Sus ojos ganaban en humildad y dulzura a los de Tolstoy. Su barba rizada, que cubría todo su rostro, era también blanca como las guedejas de su acompañante. Un sencillo manto cubría su cuerpo, y sus pies estaban desprovistos de calzado.

La voz de entrambos era apagada y melódica. Su diálogo tenía un rumor de sosiego, de musicalidad celeste, parecido al correr de los arroyuelos entre los álamos.

—Yo hubiera deseado permanecer en la Tierra cien años más—decía Tolstoy—para con mi pluma, mi palabra y mi ejemplo extender el Bien entre mis hermanos, y ayudar con mis esfuerzos a los que padecen pobreza y desamparo. Hubiese anhelado vivir multitud de vidas, para en cada una de ellas, a ser posible, dar mis ojos a los ciegos y desparramar por las almas una luz de amor que alumbrara la senda borrascosa de los hombres. ¿Por qué alejarnos tan temprano del Mundo cuando tanto nos quedaba que hacer...?

Sócrates asentía con la cabeza.

—La Humanidad es buena, pero faltan directores, maestros, pastores que apacienten los rebaños de almas—afirmó el Filósofo—¡Y hasta ahora han gozado la presencia divina de un solo Pastor!

—Dices verdad—exclamó Tolstoy—¡Solo un hombre todo pureza y sacrificio! Varios más como El y la humanidad se hubiera transformado.

Recuerdo agregó Tolstoy—que la primera vez que lei el Evangelio, a pesar de mi corta edad, lloré largamente embargado por la emoción. Dentro de mis entrañas sentí una lumbrera sagrada de cordialidad, y como si, de súbito, la humanidad entera hubiérase convertido en nueva madre mía, amé a la humanidad como únicamente se ama a una madre. Este amor ha perdurado toda mi vida en continua e incesante exaltación.

—Nada es comparable al amor—contestó Sócrates—cuando la huma-